

Javier Fernández
Universidad de Santiago de Chile
jfernandezb92@gmail.com

Con qué sueñan los algoritmos: nuestras vidas en los tiempos de los Big Data

What algorithms dream about: our lives in the times of Big Data

Durante el último tiempo, las sucesivas polémicas en torno a la filtración de datos relacionadas con el comercio, las redes sociales y las campañas políticas han traído un actor que, si bien tiempo en la escena, había permanecido en un cómodo anonimato, trabajando y funcionando sin que por ello nos diéramos por enterados: nos referimos específicamente al Big Data. La gran recopilación de información donde los usuarios realizaban búsquedas de servidores y preferencias por redes sociales -la gran mayoría de las veces sin su consentimiento-, constituyó al mentado término como protagonista de la escena donde periodistas y académicos han gastado litros de tinta tratando de explicar las implicancias morales, profesionales y teóricas que la recopilación de datos significa hoy en pleno siglo XXI.

Dentro de este contexto, e imbuido de un espíritu crítico, el sociólogo francés Dominique Cardon, echa mano a toda la elocuencia y conocimiento de tecnologías, ambiente digital e internet para la redacción de un texto que apunta, antes que todo, a socializar los fundamentos básicos de lo que significa el Big Data, sus implicancias técnicas y, en especial, sociales, de las tecnologías que hoy copan los debates sobre su relación con la sociedad en su conjunto. Pese a ello, y contrario a lo que podría pensarse, lo que aquí prima es incluso una parte mucho más central de toda esta problemática:

el algoritmo, aquellas operaciones sumamente básicas de realización de tareas que son el ingrediente fundamental de todo el asunto.

Aspirando a poner al servicio de la gente un texto divulgativo -sin que por ello merme su rigurosidad intelectual- Cardon crea un relato en el que prima el componente político, que permita criticar y cuestionar las implicancias que ha tenido el Big Data en los tiempos actuales. El gallo no lo oculta: su objetivo no es el de la condescendencia que en el último tiempo ha impregnado los análisis tecnológicos, otorgando una suerte de “neutralidad” sobre los nuevos desarrollos, sino que por el contrario, complejizar las teorizaciones sobre la misma, apuntando a una realización donde sea la gente en sí, quienes en pleno conocimiento de las implicancias, puedan dar cuenta los alcances, limitaciones, peligros y oportunidades que eventualmente significarían estas grandes recopilaciones de datos.

El análisis de Cardon parte de la base que los grandes cambios en cómo concebimos el trabajo en estos ámbitos tiene una importancia sustantiva en el régimen neoliberal en el cual vivimos. Es, particularmente, desde la década del ‘80 donde se asiste a una generalización de la calculabilidad y a una sistematización de la política de los indicadores. (p.15) Es desde esa óptica que el sociólogo genera un relato dividido en 4 capítulos apuntados a una explicación sencilla pero fuertemente rigurosa que en primera instancia busca contextualizar a grandes rasgos lo que denomina “familia de los cálculos”, pasando posteriormente a lo que significó ésta en una suerte de revolución, siguiendo por las nuevas formas en que se comportan y finalizando con su crítica y análisis de lo que este significa en torno a eventuales posibilidades sociales. Vale consignar que durante todo el texto, por más que apunte a una explicación de cómo se desarrolla el asunto, nunca se prescinde de un fuerte análisis de lo que ha conllevado las nuevas formas de medir la sociedad en la actualidad.

Así, en el primer capítulo Cardon cuenta cómo se estructura las configuraciones de la medición, de búsqueda y de perfiles de contenidos por parte de las nuevas tecnologías. Tanto por “al lado de”, “por encima de”, “dentro de” y “debajo de”, es donde se ubica el dispositivo del cálculo que aspira a describir. “Al lado de la web” se incluiría esta búsqueda de popularidad que tanta significación halla en la generación que vivimos. Persiguiendo sin pausa los tan deseados *clicks*, esta forma de medición se parapeta en el ranking según cuántas veces se haga precisamente click a un contenido, formando los tan mencionados *clickbait* o “atrapaclick” que hoy tanto adolecen los medios independientes. Evidentemente, dentro de esta persecución enfermiza de “clicks” en la red, donde se mide la popularidad y con las consiguientes financiaciones, Cardon advierte de los potenciales peligros que significa esto, adquiriendo contenidos paupérrimos o ciertos titulares confusos sólo para

aspirar a cuántas visitas se obtienen. Por otro lado, “por encima de la web”, se da dentro de un relato -suscrito principalmente por la gigantesca Google- donde en vez de pedir al algoritmo que, antes de interpretar resultado, primero busque medir la *fuera social de la web*, es decir, cuánta de la misma página es portadora de un “reconocimiento” por parte de otras web.

En esta misma línea, aquí existe una operación en la que circunscriben ciertos criterios donde lo que más se haya mencionado, citado o “enlazado”, más codiciado se hace para el buscador, muchas veces prescindiendo de tópicos rigurosos. Por consiguiente, esto crea serios problemas: la medición entre pares crea una centralidad que excluye a las incipientes iniciativas, creando toda una reproducción de “lo importante” para las y los usuarios¹. La tercera característica analizada es la denominada “dentro de la web” o, como muy sugerentemente escribe el autor, “la fabrica de reputación”. Estos nuevos desarrollos se alojan en la idea de la misma medición de los usuarios, el tan famoso *like* de Facebook, el cual da la falsa sensación de que somos nosotros quienes medimos y calificamos páginas e iniciativas, otorgando una “democratización” desde los parámetros mismos del mercado, donde según el sociólogo se crearía la falsa idea de que serían nuestros gustos quienes romperían la asimetría informativa existente en la red. (pág.41)

Para finalizar el primer capítulo, y donde precisamente se aloja la actividad del famoso Big Data, que está “por debajo de la web”, dicho más precisamente, los rastros que dejamos al ocupar internet. En esta última característica se darían parte de las principales complicaciones puesto que, aun cuando muchas páginas adviertan sobre las tan famosas *cookies*, poca información se tendría de estas y, por sobre todo, la forma en que los algoritmos “aprenderían” de nuestros pasos en la web, prediciendo nuestras siguientes acciones sin que nos demos por enterados, para así ir creando una serie de perfiles donde el mercado sacaría los principales beneficios de las huellas. En este sentido, lo más complejo según Dominique Cardon, estaría en que los defensores del Big Data argumentarían que este tipo de recolección de datos según los rastros digitales estribaría en la incapacidad de generar decisiones por nosotros mismos que no sean emocionales, por tanto junto con la tecnología ésta sería la más adecuada para decir qué necesitamos ya que, a diferencia de lo que decimos o pensamos hacer, serían nuestras acciones las que hablarían por nosotros (pág.45-46) convirtiendo a ésta en un reflejo de lo que somos.

1 Este tipo de constituciones se inspiran -o por lo bajo se asimilan con peligrosa radicalidad- a las élites académicas, las cuales reproducen ciertos discursos, excluyendo los novedosos y/o contrarios con el paradigma oficial, o incluso las mismas dificultades para insertarse la academia. Esta similitud, ambienta toda una discusión que se aprecia en el texto de Dominique Cardon y da para la reflexión si acaso este tipo de metodologías y tecnologías no aspiran a la réplica del mismo ambiente académico (y social).

El segundo capítulo apuesta a la “revolución de los cálculos”, como ésta entra en sintonía con los tiempos actuales dando pie a las nuevas formas en cómo (creemos que) nos comportamos, buscando no encasillarnos, aspirando a la ruptura sustancial con las etiquetas pero, como si fuera la más dulce contradicción, estamos siendo medidos y encasillados en cada segundo. Evidentemente, nos dice el autor, estas nuevas formas son mucho más sofisticadas y planificadas, se introducen en las *subjetividades contemporáneas* (pág.55) comparándonos con otros perfiles y otros usuarios. Contrario a lo que podría pensarse bajos los aleros de un supuesta libertad, el Big Data apuntaría al viejo sueño de la “objetividad instrumental”, aquella idea de que es posible la medición infalible y certera sobre la conducta humana, basándose, al igual como se mencionó en el capítulo anterior, en los márgenes de que somos lo que hacemos y no lo que creemos ser. La novedad, a diferencia de las viejas teorizaciones positivistas, estriban en que la sociedad que vivimos es compleja y, como tal, no se deja medir tan fácilmente, por tanto, serían estas nuevas técnicas las que otorgarían la *captura de los acontecimientos* precisa de acuerdo a compras, visitas y gustos dejados como vestigios en la red. (pág.64)

Ahora bien, aquí también es donde se aloja, según nosotros, un punto fundamental de lo que significaría esta “revolución del cálculo”, que es lo que el autor denomina “correlación sin causas”, es decir, el planteamiento que hace el gigante de Silicon Valley, Chris Anderson, sobre el “fin de la teoría”. Esta idea sostendría que *“de ahora en adelante los ordenadores pueden buscar correlaciones en los Big Data sin preocuparse por tener un modelo que les dé una explicación. Los datos masivos y las matemáticas posibilitarían prescindir de las Ciencias Sociales y las Humanidades”* (pág. 67)² y que para el autor significa parte del *ethos* que se caracteriza a los cabecillas de las grandes corporaciones de medición. Estas confianzas acérrimas en la infalibilidad están sustentadas en la capacidad de “aprendizaje” de los algoritmos, permitiendo aprender de los comportamientos de los usuarios, posibilitando a la vez “predecir” nuestras acciones, suprimiendo cualquier “anonimato” y sabiendo de antemano cuáles serían nuestras acciones de acuerdo a un historial presente en la red.

El tercer capítulo aborda precisamente sobre las “señales y los rastros” dejados en la web. Continuando con la idea de la certeza plena en los algoritmos, toda la comunidad que se desarrolla en estos ámbitos, según el autor, sostendrían que las falencias sociales existirían, precisamente, porque faltan datos para corregirlas. Así, es que la presencia de estos y las habilidades de predicción según lo que hemos hecho, seríamos capaces no sólo de adelantarnos a nuestros deseos, sino que también

2 La similitud con el “Fin de la Historia” de Francis Fukuyama es brutal y su relación es casi obligada. El autor deja patente que en esta búsqueda de objetividad se menosprecia claramente todo lo que huele medianamente a “ideología”, y que las subjetividades son dejadas de lado bajo el imperio de la calculabilidad. Un debate que es abierto y que está más vivo que nunca a propósito de la inserción de nuevas tecnologías y la ausencia de metodologías que tomen en cuenta lo deliberativo en desmedro de lo agregado.

existiría todo un cúmulo de ofertas que se adaptarían a nosotros sin que siquiera lo supiéramos anteriormente. La base de esto radica en la predilección por los “datos brutos”, aquellos que dicen toda y únicamente la verdad, cuestión que sería una quimera, debido a que “los datos brutos no existen” y que toda cuantificación es una construcción y establece parámetros para su medición. (pág.74) Pese a ello, existiría en la época actual un desarrollo basado en estas ideas que han llegado incluso a superar las viejas ilusiones “futuristas” de crear máquinas pensantes, sustituyéndolas por las máquinas “estadísticas”. Este nuevo perfil es un reflejo precisamente de los intereses subyacentes al desarrollo de toda la arquitectura logarítmica y del Big Data, apuntando a la medición como síntoma de los tiempos actuales³.

Existe un planteamiento sumamente interesante por parte de Cardon que estriba que las nuevas formas de “predicción” generan un “conductismo radical”, pese a todas las creencias de libertad en el mundo contemporáneo. Las formas en cómo la tecnología se anticipa a las decisiones de los usuarios no sólo generaría las formas en cómo ésta otorga una oferta, sino que también posibilitaría la creación de necesidades y gustos. Evidentemente en la creación de necesidades no hay nada nuevo, hay autores que siguen más vigentes que nunca en el análisis del capitalismo y cómo este se relaciona con el tema, no obstante, lo interesante es que se da precisamente en ámbitos donde muchos teóricos argumentaban la proliferación de nuevas libertades circunscritas a redes sociales y cómo estas crearían nuevas organizaciones, rebatiendo tamaño optimismo y lo baña con la justa cuota de realidad.

Por otro lado, estas nuevas formas de medición, sustentadas en el historial, se estructuran fuertemente en el pasado, es decir, lo que hicimos. Desde ahí prospectivan fuertemente el futuro. Este tipo de tecnología daría pie precisamente sobre los usos que acarrearía esta tecnología, modificando comportamientos, pero también su utilización con fines policíacos, cuestión advertida por el autor como una realidad ya presente, donde ciertos sujetos considerados peligrosos, en base a ciertos datos y ámbitos frecuentados, los convertirían en objetivos predilectos por parte de los organismos de seguridad.

El último capítulo gira en torno a uno de los conceptos más repetidos, interesantes y

3 No es errado pensar a nuestro juicio, que el desarrollo predictivo de metodologías y tecnología subvierten dispositivos de control clásicos y transforman los gustos en una colaboración voluntaria. De estas ideas existe abundante literatura, no obstante, la ausencia de una reflexión situada en cuestiones como el Big Data, hace más interesante este tipo de planteamientos.

contingentes sobre este tema, la llamada “*Sociedad del Cálculo*”. Según Dominique Cardon, la medición y cuantificación de todas las esferas de la vida es el sueño de los tecnólogos y desarrolladores relacionados con estas materias, transformando aquel viejo anhelo futurista, distópico y cyberpunk en una realidad para algunos. Es este el capítulo más político, más personal y más ensayístico del autor, donde deja patente su planteamiento de la problemática. Por un lado, la *paradoja del cálculo* donde amplifica la atención, centraliza las necesidades de la sociedad y las guía, otorgando a la vez la ilusión de que somos libres y decidimos por nosotros mismos. Los defensores de estos dispositivos argumentan justamente estas posibilidades, soslayando el cariz político de estas decisiones. En ese mismo sentido, aquí se responde la pregunta del texto: los algoritmos sueñan con mecanismos de popularidad abiertos y accesibles a todos, pese a ello, la sociedad del cálculo cercena cualquier atisbo de posibilidad, centrando las decisiones, cerrando la oferta y convirtiéndola en reducidas posibilidades. Aquí vuelve aquella vieja problemática, cuando las pocas posibilidades se dan en lo estrecho del sistema, radicando en ámbitos económicos, pero también de interés político, imposibilitando la emergencia de nuevas opciones y su introducción al sistema de las preferencias sociales.

Contrario a lo que podría pensarse, los algoritmos no sueñan opresión, sueñan nuevas formas de organización sobre la traducción y simplificación de operaciones que no harían más que la conexión y transparencia de los mecanismos de decisiones. Pese a ello, y se reitera, la utilización interesada de éstos ha creado todo un sistema que cierra sus fuerzas y convierte sus usos en una cuestión unidimensional. Sobre ello, la invitación del autor no es a pensar su desarrollo como algo nocivo, sino por el contrario, atender las potencialidades que se tienen en la construcción de prácticas radicales, a fin de recorrer nuevos derroteros imbuidos de perspectivas diferentes.

Aun cuando Cardon se haya reservado para el final su manifiesto, el texto -como señalamos anteriormente- deja palpable una crítica y una apuesta política radical: por un lado, la denuncia de las formas en que ha caminado la tecnología, pero a la vez, las potencialidades en las metodologías que, pese a lo que la mediatización podría hacer creer, son bastante antiguas. El debate hace tiempo está abierto, la cuestión de fondo es el por qué nos hemos demorado en darlo o lo instalamos en las sociedades periféricas. De ahí que el texto de Dominique Cardon con una divulgación acuciosa sea un aporte para (re)pensar las formas de investigación en comunicación, pero también de las sociedades y las formas que tiene de observarse a sí misma, transformando las realidades por fuera de los mecanismos de control, reapropiando y resistiendo en el desarrollo social que brindan las formas de medición y organización.

Cardon, Dominique (2018) *Con qué sueñan los algoritmos: nuestras vidas en los tiempos de los Big Data*. Madrid: Dado Ediciones.